

Introducción

Manuela Mesa

Directora de CEIPAZ y Codirectora del Instituto DEMOSPAZ-UAM



2019 ha sido un año marcado por protestas ciudadanas a gran escala y movilizaciones sociales contra los gobiernos en un buen número de países. Aunque hay factores explicativos propios de la realidad de cada lugar, estas movilizaciones, generalizadas y sostenidas, son la expresión de tendencias globales: reflejan la enorme frustración de las sociedades ante la corrupción desenfrenada, la profundización de la desigualdad, las expectativas que no se materializan ante derechos que se pierden, o un ascenso social que se ve bloqueado por la acumulación de riqueza y la captura del Estado y las políticas por unas élites y una clase política que, ante las protestas, se niega a ver la realidad. A menudo, la respuesta de esas elites y de los gobiernos ha sido el recorte de derechos y libertades y la criminalización de la protesta, en un contexto mundial en el que también se advierten peligrosas tendencias autoritarias. Esta edición el Anuario dedica parte de sus páginas al análisis de estas movilizaciones sociales y de las respuestas que se han dado.

La posibilidad de una pandemia estaba ampliamente documentada en el ámbito científico

Desde finales de 2019, el escenario internacional ha estado marcado por la irrupción traumática de la COVID-19. El inicio de esta nueva crisis global puede datarse el 31 de diciembre, cuando el gobierno de la República Popular China notifica oficialmente a la Organización Mundial de la Salud (OMS) la aparición de un nuevo virus causante del denominado Síndrome Respiratorio Severo 2, causante de la enfermedad de la COVID-19. En dos o tres meses, este virus se había extendido por todo el planeta, declarando la OMS la “pandemia global”. Un gobierno tras otro fue adoptando medidas de confinamiento que suponían la paralización parcial de la vida económica, social y política. Entre el mes de marzo y abril de 2019, la mitad de la población mundial había sido sometida a confinamiento para evitar la propagación del virus, situación que se mantiene en el momento de escribir esta introducción, dando lugar a una situación inédita en la historia contemporánea, cuyo impacto resulta aún difícil de valorar.

Esta situación formaba parte de los riesgos globales que se anunciaban desde hace años en diversos estudios e informes internacionales de referencia, elaborados tanto desde la academia como desde los centros de inteligencia y prospectiva. La posibilidad de una pandemia originada por la transmisión de un patógeno de los animales a las personas estaba ampliamente documentada en el saber científico de las décadas anteriores, pero había sido desdeñada en el ámbito de las políticas públicas. Como explica en su capítulo para el anuario el profesor de Relaciones Internacionales, José Antonio Sanahuja, la pandemia y la crisis a la que ha dado lugar son una manifestación de los riesgos generados por una globalización ya en fase de crisis. En ese sentido, representaría una crisis dentro de otra crisis, más profunda y de mayor alcance. La pandemia se cruza con algunas dinámicas de crisis que ya existían con anterioridad, y las ha exacerbado y agudizado, como la desigualdad socio-económica, el debilitamiento de las estructuras de gobernanza global, y la fragilización de los sistemas de salud y las políticas públicas como resultado de décadas de políticas neoliberales y en particular del ciclo de austeridad posterior a la crisis de 2008.

En este año 2020, en el que se celebra el 75 Aniversario de la creación de Naciones Unidas, las normas y reglas que se establecieron después de la II Guerra Mundial y que rigen el sistema internacional están siendo cuestionadas, negadas o abandonadas por algunos líderes políticos. Esta tendencia se ha agudizado con la crisis de la COVID-19. Como explica el presidente de la Fundación Cultura de Paz, Federico Mayor Zaragoza, supone un enorme riesgo a la estabilidad y seguridad mundial en un mundo cada vez más asimétrico y desigual, con enormes desafíos que requieren de la cooperación internacional. Sería preciso fortalecer el multilateralismo democrático y la integración regional como la mejor manera de afrontar esta pandemia y las tensiones en la arena internacional.

En un mundo muy integrado e interdependiente, los riesgos globales, como las pandemias, el cambio climático, o las crisis financieras, no conocen fronteras y se distribuyen por igual, sin que las diferencias de riqueza o poder sean efectivas para evitarlos. Sin embargo, al materializarse los peligros, impactan de manera muy desigual, dependiendo de cada contexto sociocultural y de la capacidad y modelos de respuesta que se ponen en marcha, tal y como explica la antropóloga e investigadora del instituto DEMOSPAZ, Elena Boschiero. En esta crisis se han combinado medidas institucionales securitarias con respuestas basadas en la responsabilidad social y los cuidados de la ciudadanía. El enfoque de derechos humanos será esencial en la gestión de esta pandemia.

Otro de los riesgos globales que suponen un desafío en el contexto mundial, son los sistemas autónomos de armas letales, los llamados “robot asesinos”. Como explican Joaquim Rodriguez y Roser Martinez, miembros del International Committee for Robot Arms Control (ICRAC), estas armas, que integran desarrollos avanzados de la inteligencia artificial, pueden tomar decisiones sobre la vida o la muerte de las personas en situaciones de conflictos armados, en contra de los principios básicos del derecho internacional aplicable a los conflictos armados. El desarrollo y fabricación de este tipo de armamento, sin un marco regulatorio adecuado y al margen del debate público, entraña graves peligros y amenazas para la supervivencia de los seres humanos.

Esta crisis ha puesto en evidencia la desigualdad con la que se vive esta pandemia, que hace que sea especialmente difícil para algunos colectivos por su situación de vulnerabilidad, como las personas refugiadas. La periodista e investigadora de la Fundación porCausa, Ana González-Paramo, aborda la política migratoria de la Unión Europea. Esta no sólo resulta ineficaz, sino que también es la causa de un enorme sufrimiento en las personas refugiadas. El impacto de la pandemia en la movilidad de las personas y en la gestión de las fronteras es enorme. Además, agrava la vulnerabilidad de las personas refugiadas y migrantes que cuentan con menos medios económicos y con acceso limitado a los servicios públicos. Como ella plantea, es urgente avanzar en una regulación de la migración que respete los tratados internacionales y que ofrezca vías seguras y legales para aquellos que necesitan migrar.

Una de las razones que explican el racismo y la xenofobia en la que se sustentan estas políticas migratorias en Europa es el predominio de unas narrativas excluyentes que presentan a las personas refugiadas y migrantes como los responsables de la criminalidad o del desempleo, entre otros problemas. También hemos visto como para explicar la crisis del COVID-19 se han utilizado narrativas belicistas y



*En un mundo
muy integrado e
interdependiente,
los riesgos
globales no
conocen fronteras*

securitarias que apelan al miedo y al control como forma de responder a la situación. Como plantea, la presidenta de WILPF- España, Laura Alonso y la codirectora del Instituto DEMOSPAZ, Manuela Mesa, cualquier acto comunicativo implica seleccionar unos hechos sobre otros para explicar la realidad y las visiones que se configuran a partir de ellos, lo que tiene consecuencias sobre las acciones que se adoptan y los valores y actitudes que se promueven. En la COVID-19, como en otras situaciones críticas, existe una disputa por controlar el relato. El discurso del odio y la polarización trata de abrirse paso, mientras otros discursos tienen una menor presencia por no ser tan mediáticos, como aquellos que recogen las iniciativas de solidaridad ciudadana o las aportaciones, entre otras del feminismo y el ecologismo. Lo que no se cuenta no existe, y por ello será esencial recoger y dar visibilidad a las aportaciones de la ciudadanía que se ha organizado y ha tejido redes de solidaridad para dar respuesta a esta crisis.

Una forma de abordar con una perspectiva crítica y emancipadora la polarización y los discursos de odio es a partir de la mediación y del uso de metodologías participativas de resolución de conflictos. Como explica el profesor de Antropología Carlos Giménez, estas herramientas son esenciales para fortalecer la democracia e incorporar una filosofía, una praxis y unos valores alternativos que promuevan el respeto, la diversidad, el pluralismo y el diálogo.

En el apartado sobre perspectivas regionales el rector de la Universidad para la Paz de Naciones Unidas, Francisco Rojas Aravena, aborda las crisis democráticas en América Latina. Como se mencionó, han estado marcadas por revueltas sociales y respuestas autoritarias, a las que se ha añadido la pandemia de la COVID-19, que agudiza los problemas ya existentes de desigualdad y vulnerabilidad. En el caso de México, como explica la investigadora del Instituto Mora, Rebecka Villanueva Ulfgard, el grado de violencia e impunidad ante los delitos alcanza unos niveles insoportables. Las respuestas que se han planteado resultan ineficaces y contraproducentes, como ilustran casos como la masacre de Ayotzinapa, y el elevado número de feminicidios. En lo que se refiere a Chile, la pandemia llegó en una etapa de amplias movilizaciones sociales que habían dado paso a un proceso constituyente. Como explica la periodista Rocío Montes, la pandemia paralizó todo el proceso, pero la clase política tiene una deuda importante con la ciudadanía para que sus demandas se hagan efectivas.

China y el conflicto con Hong-Kong también ha sido uno de los acontecimientos que durante 2019 han copado la actualidad internacional, y que ha inspirado otras movilizaciones en otros lugares del mundo. El director del Observatorio de Política China, Xulio Ríos, explica en su capítulo las claves de esta situación y los retos que plantea para el gobierno de la República Popular China.

El profesor de estudios árabes e islámicos, Ignacio Alvarez-Ossorio, analiza la situación en Irán, que es extremadamente delicada ante un escenario de crisis económica, agravada por la caída en picado de los precios del petróleo, que se suma a una crisis política y que, finalmente, se ve afectada por la extensión de la COVID-19.

Cierra esta edición del anuario un análisis sobre el Sahel y el ascenso del yihadismo. Como explica la periodista especializada en Oriente Medio y el Magreb, Rosa Meneses, es necesario repensar la estrategia internacional hacia el Sahel, una de las regiones más inestables e inseguras del planeta.

En suma, esta edición del anuario, ya la decimotercera, aborda tanto las tendencias globales, como las crisis regionales y locales, examinando las complejas y no siempre visibles interacciones entre ambas. Se ha hecho un especial esfuerzo para incorporar la crisis generada por la COVID-19, un acontecimiento que irrumpió cuando el Anuario ya estaba en proceso de elaboración, y para cuya comprensión es necesario tener presente las condiciones previas y subyacentes en cada lugar. Confiamos que, un año más, este esfuerzo, en una coyuntura crítica como la actual, permita un análisis más informado de la realidad internacional orientado a su transformación hacia horizontes de mayor libertad y justicia.

